

*La noche que Eric se quedó solo*

## 1

El padre de Eric, sentado a los pies de la cama y enfundado en el reluciente uniforme de gala de policía, anudaba los cordones de sus zapatos. Su mujer, teléfono en mano, caminaba de lado a lado de la habitación. Vestía un precioso traje negro de noche que dejaba su espalda al descubierto. Parecía preocupada. ‘Claro, lo entiendo, mujer’ decía. ‘No te preocupes por eso ahora. Lo que tienes que hacer es estar con tu madre.’ Hizo una pausa. ‘Dale un abrazo de nuestra parte.’ Colgó y tiró el teléfono sobre la cama con desdén. Se sentó al lado de su marido. ‘Ha muerto el abuelo de Alicia. No podrá venir’.

‘¿Entonces?’

‘No tenemos a nadie y es demasiado tarde para buscar canguro. No podremos salir. O ve tú solo. Lo entenderán.’ Su marido negó con la cabeza. Siempre se mostraba reticente a ir solo a estas celebraciones. ‘Esta cena es muy importante para ti. no puedes faltar a tu propia condecoración.’

‘Sí, lo es. El ascenso puede depender de esto. Y Algarra estará, seguro. No dejará escapar la posibilidad de promocionarse’. Quedó pensativo. ‘¿Por qué no vamos los dos? Eric ya es mayor para quedarse solo. Además, no tardaremos tanto. A la una como muy tarde estaremos de vuelta.’ La idea no fue bien recibida. ‘A mí tampoco me gusta dejarle solo, pero llevaremos el móvil conectado y le dejaremos todo bien claro. ¿Qué puede pasar?’

## 2

‘Estás atrapado, pequeño Winnifred.’

Un ejército de soldados amenazaba al héroe que, con la mano de Eric en la cintura, afrontaba con estoicismo la dramática situación. El niño, de diez años, sostenía arrodillado al muñeco. Sus padres entraron en el cuarto. Se incorporó.

‘¿Ya ha llegado Alicia?’

El matrimonio se miró en silencio. Fue ella quien daría el primer paso.

‘No vendrá. Se ha muerto su abuelo. Era muy mayor.’

‘Así que’ –añadió el padre sin tiempo a que el pequeño reaccionara. ‘Campeón, esta noche vas a demostrar lo mayor que eres.’

‘¿Voy a ir con vosotros?’

‘No, no eres *tan* mayor. Te quedarás solo mientras papá y mamá están fuera, pero volveremos enseguida.’

Eric se quedó callado. Sus padres se miraron preocupados; no habían contado con la posibilidad de que el niño no quisiese. Finalmente, encogiéndose de hombros, dijo que estaba bien, a lo que la pareja comenzó a hablar rápido, atropellándose.

‘Llevaremos el móvil.’

‘Enseguida estaremos de vuelta. Ni te darás cuenta.’

‘Es muy importante para papá esta cena.’

‘No, si no me importa’, afirmó con seguridad, la atención ligeramente desviada de nuevo hacia Winnifred.

Durante los siguientes minutos recorrieron la casa habitación por habitación mientras la madre dictaba las normas. Estaban frente a la puerta del frigorífico.

‘Para cenar puedes hacerte un sándwich. Calientalo que estará más rico. Y cena aquí, ni se te ocurra ir al salón que se mancha el sofá. ¿Te apetece una hamburguesa? Fríele una’ –ordenó a su marido.

‘¿Ahora? Sólo faltaría que fuera con el uniforme manchado.’

‘Pues ponte el delantal.’

Después fue el turno del delantal, el sonido de la sartén de fondo. El dedo fino y alargado de la mujer apuntaba al televisor.

‘La tele hasta las diez y media. No valen trampas, lo primero que haré al llegar será comprobar si está caliente. Y la ventana del balcón cerrada, no importa el calor que tengas. No quiero que esté abierta estando tu solo. Además, luego da portazos, que ha dicho la radio que esta noche habrá ventisca. Y mira. Este es el móvil de papá. Lo dejamos aquí. Cualquier cosa nos llamas al mío. Sólo tienes que darle a esta tecla y después a la verde. Así.’

La última parada fue el lavabo.

‘Los dientes bien lavados. Recuerda lo que dijo el dentista de cómo mover el cepillo con’

‘Con fuerza y constancia’ dijeron a la vez madre e hijo.

‘Lo harás, ¿no?’ Eric asintió, no muy convencido. ‘Mira, como no me fío voy a hacer una cosa.’ Cogió el cepillo y el bote de pasta de dientes. Lo abrió y extendió por encima. Lo dejó con cuidado encima del lavabo. ‘Ahora no tienes excusa para no hacerlo.’

En ese instante llegó el padre, quitándose el delantal por encima de la cabeza. Acalorado, miró su reloj de muñeca.

‘Vámonos. Llegamos tarde.’

Despedida. Besos. La puerta se cerró y Eric quedó en el pasillo, frente a la puerta del lavabo que colindaba con la de la entrada. Todo estaba en silencio.

## 3

Eric estaba sentado de rodillas frente a la mesilla de noche de sus padres. Abrió un cajón y cogió una por una las cosas de su interior con curiosidad, sin buscar nada concreto. Lo cerró y abrió el siguiente. Sacó unos sobres con sello y dirección manuscrita. Extrajo la carta y comenzó a leerla en voz alta, con voz fingida.

‘Amor mío. Esta noche he pensado mucho en ti. Mi vida en la distancia sólo tiene sentido cuando pienso que no tardaremos en volver a vernos. Mi cuerpo siente escalofríos cada vez que recuerda’ –Comenzó a leer el resto de la carta en silencio. A medida que iba leyendo, su cara adquiría un gesto de repugnancia cada vez más exagerado. –‘¡Puaj!’.

Siguió hurgando por la habitación, ahora a conciencia. Bajo las mantas, dentro del armario ropero de sus padres, cogió una pistola. Comenzó a jugar con ella apuntando a un lado, a otro, a su reflejo en el espejo.

‘¡PAM!’

## 4

Una chica gritaba a un chico. Lloraba histérica, desesperada.

‘¿Cómo has podido hacerme eso?¿Qué tiene ella que no tenga yo?’

Se abalanzó sobre él con los brazos alzados para pegarle pero el chico la cogió por las muñecas y comenzó a besarla. Ella no pudo evitarlo y, aún llorando, se fundió con él en un beso apasionado.

Eric estaba tumbado en el sofá, mirando la televisión. La puerta del balcón estaba abierta y las cortinas se movían con suavidad, mecidas por el viento. El niño tenía sobre el regazo una bolsa de patatas vacía. Sobre la mesa descansaban dos platos con restos de ensalada y hamburguesa. De fondo se escuchaba a la pareja del televisor, que a juzgar por los sonidos, se estaban besando y acalorando por momentos. Eric bostezó antes de levantarse y tirar a la basura los restos de la cena. Dejó los platos y el vaso en el fregadero.

Cuando acabó de orinar iba a marchar pero antes de apagar la luz vio el cepillo de dientes. Lo cogió e hizo el amago de encender el agua del grifo para que limpiase la crema pero se lo pensó dos veces y se lo llevó a la boca como si la rebeldía fuese menos interesante que seguir las normas.

Con los labios manchados de blanco iba pasillo arriba pasillo abajo se frotándose los dientes. Tarareaba, como si fuese una canción.

‘Con fuerza y constancia. Con fuerza y constancia.’

De mientras, sin que él lo supiera, en la calle se había levantado un aire que balanceaba con más fuerza las cortinas del balcón, la puerta abierta, el salón a oscuras. Pero no podía darse cuenta porque estaba muy ocupado lavándose los dientes. Entró en el lavabo y escupió para acabar volviendo al pasillo, el cepillo en la boca.

‘Con fuerza y constancia. Con fuerza y...’

Calló. Había escuchado un ruido tras la puerta de entrada, como si alguien se hubiese apoyado tras ella. Se acercó. Mientras tanto, el viento de la calle era tan fuerte ahora que incluso producía un sonido parecido al de los coches de rally. Las cortinas revoloteaban enloquecidas y la puerta de acceso al salón comenzó a girar con lentitud, como si fuera a coger fuerza y dar un portazo. Eric, el cepillo aún en la boca, se situó

frente a la puerta y se puso de puntillas para comprobar por la mirilla. No pudo creer lo que vio.

Un anciano todo vestido de negro miraba desde el rellano al interior de la casa. Su rostro estaba desfigurado por el efecto del ojo de buey de la mirilla. Parecía mirar a través de ella a los ojos de Eric. En ese momento sonó un portazo estruendoso.

‘¡AH!’

Se giró aterrorizado y quedó con espalda y cabeza pegadas a la puerta, mirando hacia el salón. La puerta que unía pasillo y comedor estaba cerrada. Tras la vidriera de esta puerta sólo se veía oscuridad. Aunque estaba muy nervioso y asustado, consiguió reunir fuerzas para observar de nuevo por la mirilla, la boca llena de pasta de dientes.

El anciano seguía allí, en la misma posición. Algo tambaleante, parecía tratar de dar golpes a la puerta, no muy fuertes pero demasiado amenazantes escuchados justo desde el otro lado en el que estaba el niño, quien volvió a girarse, a punto de llorar.

‘Mamá’, balbuceó.

Podía ver tras la vidriera rugosa la luz verde del móvil parpadear sobre la mesa. No se atrevía a avanzar ni a girarse de nuevo. Tras unos segundos de incertidumbre volvió a comprobar la mirilla. El anciano seguía en la misma posición pero se había acercado un poco más, como si quisiese escuchar si había alguien tras la puerta.

Tantas cosas las que no sabía el pobre Eric. De ningún modo podría haber adivinado (ni le habría interesado) que en el piso superior se abrió una puerta de la que salió una mujer a paso ligero, malhumorada, vestida con bata y zapatillas de andar por casa. Comenzó a bajar las escaleras del rellano justo en el momento en que Eric recordó algo.

‘¿Ya ha llegado Alicia?’

‘No vendrá. Se ha muerto su abuelo. Era muy mayor.’

La conversación se repitió en su cabeza como un eco que inesperadamente se fundió con el timbre de la puerta, que sonó con fuerza. DING-DONG. El campaneó estalló en sus oídos. Eric gritó de nuevo y, con las manos y rodillas sobre el suelo, expulsó toda la pasta de dientes que le estaba abrasando la lengua.

Gateando, desesperado, se alejó de la puerta cuando la mujer llegó al piso inferior y se dirigió al anciano, hablando en susurros sin perder el mal humor con el que había salido de su casa.

‘Papá. ¿Se puede saber qué haces aquí? Cuando has tardado tanto en subir me he imaginado que te habrías equivocado de puerta. Vamos, que seguro que has vuelto a beber.’ –Le olió el aliento con cara de asco. –‘Dios!’

Le cogió del brazo y comenzaron a subir las escaleras hasta perderse en el piso superior, momento en el que llegó un ascensor que se detuvo en el piso que acababan de dejar. Se abrieron las puertas metálicas y salieron los padres de Eric. Él parecía haber bebido más de la cuenta.

‘No hagamos ruido’ –dijo la mujer. –‘Mejor que no se despierte y vea a su padre en este estado.’ El hombre comenzó a reír.

‘No es para tanto, mujer.’

Introdujeron la llave, empujaron la puerta y fueron recibidos por varios disparos.

## 5

Música y una sucesión de imágenes diversas dieron entrada a la cabecera del programa ‘Palabras de hoy’. La presentadora, con el rostro serio, miraba a cámara sin concesiones. A ambos lados estaban sentados cuatro tertulianos, dos por extremo.

‘Volvemos de publicidad y seguimos haciéndonos la misma pregunta con la que se ha despertado el país. Qué sociedad hemos creado que produce dramas como el vivido en la madrugada de ayer.’

Un tertuliano tomó la palabra.

‘Sin duda la misma pregunta esconde la respuesta. Si hemos de cuestionarnos hasta donde ha llegado es que ya ha llegado demasiado lejos. Es un sinsentido derivado a mi entender de una absoluta pérdida de valores.’

El anciano y su hija miraban el televisor. Ella tenía los ojos llorosos. El hombre también parecía muy afectado.

‘Y pensar que podrías haber sido tú por tu mala cabeza. Con todo lo que me haces sufrir sólo me hacía falta esto. Prométeme que nunca más volverás a beber,’

‘Te lo prometo, hija.’

se abrazan con mucho sentimiento. Es un final feliz.

---